

LECTIO DIVINA

Mucho se ha dicho y escrito sobre el tema de la lectura. Sin embargo, la cuestión fundamental no es tanto qué leer o cómo leer sino más bien por qué leer y a quién leer. ¿Por qué leemos, pues? Muy simplemente porque Jesús leyó y sentimos la necesidad de imitar a Jesús en su lectura, de participar de ella.

Luego ¿a quién leer? ¿A quién buscar cuando leemos? Al mismo Jesús, por supuesto, de tal manera que podamos identificarnos con Jesús, el Libro. Nuestro principal propósito al leer es el de adquirir el espíritu de Cristo. San Pablo se refiere a esto en *Flp* 2, 5: "Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo". El principal objetivo de la lectura es, pues, que entremos en el espíritu de Cristo. Cuando leemos, Jesús continúa en nosotros su lectura de Sí mismo. La lectura cristiana de la Escritura, y por cierto la lectura cristiana de todo, nos conducirá a la comprensión, porque el mismo Cristo realizó este mismo tipo de lectura y nuestra mejor lectura cristiana es la lectura que realiza Jesús en nosotros.

El segundo aspecto que consideramos aquí es el muy antiguo tema de Cristo el Libro. La tradición cristiana sostiene que el único libro que vale la pena leer es Nuestro Señor Jesucristo. La palabra "biblia" significa libro y todos los textos de ese libro hablan de El y tienen por objeto conducir a El. Aunque no todos son necesariamente proféticos en el sentido restringido de la apologética moderna, son proféticos por naturaleza todos en el sentido amplio de que toda la historia del pueblo de Dios preparó para Jesús y condujo a El. En el *Sal* 40, 7-9, la Vulgata dice: "Ni sacrificio ni oblación querías, pero el oído me has abierto; no pedías holocausto ni víctima, dije entonces: Heme aquí, que vengo. Está escrito de mí en el rollo del libro (se me ha prescrito): hacer tu voluntad. Oh Dios mío, en tu ley me complazco en lo profundo de mis entrañas". Todo el libro que expresa el designio y el propósito de Dios en la historia de la salvación se titula "Jesús". Jesús mismo es el Libro. El es Aquél en quien leemos lo que Dios quería realizar desde toda la eternidad y lo que ahora, en el tiempo, ha hecho en Jesús. Cuando los brazos de Jesús fueron extendidos en la cruz, el Libro fue abierto. Cuando Jesús dio su Espíritu después de la resurrección "para que pudieran comprender las Escrituras", el Libro fue descifrado. Así, se realizó en el corazón de los seres humanos un encuentro entre la palabra salvadora de Dios y lo más íntimo del espíritu humano que escucha esta palabra a través del propio Espíritu de Dios. Este es el origen del tradicional tema del "libro de la conciencia".

Porque el Libro de Jesucristo no es algún volumen o rollo inscrito de una vez para siempre: cada uno de nosotros, con su propia experiencia personal, debe llegar a encontrar lo que este Libro quiere decir. El significado de la frase, "el libro de la experiencia", es que todos deben creer en sí mismos, en su propio corazón (el libro del corazón), lo que Dios quiere decirles personalmente, por Cristo en el Espíritu, para que compartan este mensaje con otros y los ayuden a llegar a entender lo que Dios quiere decirles. El apostolado, la misión, el consejo y todas

las formas de la actividad pastoral consisten en primer lugar en ayudarse mutuamente a leer ese libro único. Este Libro, *el Libro*, ilumina nuestra comprensión de otros libros: el libro de la naturaleza, el libro de la historia, el libro de los signos de los tiempos, etc. Se tiene que dar un encuentro entre Cristo y la persona humana, entre el Libro que es Cristo y el corazón humano en el que Cristo está escrito —no con tinta sino con el Espíritu Santo— a través de los libros de la Biblia escritos por los profetas y los apóstoles. Es vital que este encuentro sea continuo y que abarque cada etapa de la historia humana y de la historia de cada uno —condición que es ampliamente evidente en la tradición cristiana y especialmente en la tradición monástica—.

Esta realidad fundamental recuerda la frase bíblica “libro de la vida”, que toca todos los puntos de desarrollo en la historia de la humanidad y de cada persona, hasta el fin de los tiempos cuando, de acuerdo al profeta Daniel y al Libro del Apocalipsis, será abierto “el libro de los vivos”. En la Eucaristía del día del entierro, solíamos leer en el *Dies Irae*: “traerán un libro escrito (*liber scriptus proferetur*)”. Este libro se refiere al Juicio en el cual Dios y la persona humana verificarán si el mensaje ha sido correctamente transmitido y copiado —en otras palabras—, si las obras realizadas en la vida de la persona fueron verdaderas copias del original. Cristo, revelado ahora en su gloria, sigue siendo el Libro con el que seremos cotejados. ¿Hemos hecho todo lo posible para pareceros a El? Hay pinturas antiguas que representan el Juicio Final como una multitud de personas que tienen, en lugar de cabeza y rostro, un libro abierto en el que Dios está leyendo. ¿Encontrará allí la imagen de su Hijo?

Daré unos pocos ejemplos más de la utilización del Libro en la tradición cristiana: primero y brevemente, algunos tomados de la iconografía y luego otros tomados de la literatura. Mi propósito es doble: en primer lugar, invitaros a leer algunos hermosos textos espirituales, llamando vuestra atención sobre la imaginaria bíblica y tradicional, que también se encuentra en los iconos y otras pinturas que forman parte de la herencia cristiana y que son notables no sólo por su belleza artística sino también por su profundo significado. Mi segundo propósito es mantener un espíritu contemplativo en nuestro acceso al misterio de Jesús.

Hay una pintura romana muy antigua de los siglos tercero-cuarto, que representa a Jesús en Getsemaní teniendo en su mano algo parecido a un libro. Está repitiendo “No mi voluntad sino la tuya”, como si estuviera leyendo el *Salmo 40*: “Se me ha prescrito en el rollo del libro... Heme aquí que vengo para hacer tu voluntad”. En otras pinturas vemos a Cristo sosteniendo un libro abierto o leyendo en la sinagoga sobre Sí mismo: “Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy” (*Lc 4, 16-21*); o entregando un libro (*el Libro*) a diferentes personas. Luego está la representación frecuente y antigua de Cristo como el Libro de los Siete Sellos, de acuerdo a las palabras del *Apocalipsis 5*, donde encontramos la descripción de la liturgia de adoración del Libro.

Después de esta breve ojeada a Cristo como Libro en la tradición de los iconos y otras pinturas, examinemos algunos de los documentos escritos de la tradición monástica y patrística. Ellos también ilustran el tema de Cristo como el Libro y de Cristo como el Lector de Sí mismo. Así comprenderemos que lo que nosotros leemos es una participación en su lectura de Sí mismo y que toda la lectura que realizamos, la hacemos a la luz de esa lectura. San Bernardo escribe: “El Libro de la Vida es Jesús, abierto a todos los que son llamados. Bendito aquél que llega a leer este libro. Debería tener este libro que es Jesús siempre delante de él,

siempre en sus manos: quiero decir, por supuesto, en su corazón y en sus obras. Que Cristo se convierta en su modelo, como verdaderamente es el modelo del clero y de toda la gente..."¹ Antes, en san Ambrosio, encontramos una referencia a Cristo como el *calamus* o pluma que imprime en nuestros corazones la voluntad del Padre². Cristo es la pluma y el Espíritu es el escriba³. Esta idea, por supuesto, surge del hecho de la encarnación —Dios que se escribe a Sí mismo en Jesús— la Palabra que se escribe a Sí misma en la humanidad de Cristo. Esto se realiza con el libre consentimiento de la Palabra, con el propósito de salvarnos. Asimismo Bruno de Segni, monje y obispo del siglo XI, apunta a este acto libre de la Palabra en su comentario al Salmo 40, 7-9: "Me has dado oídos, oídos del corazón. Por eso decidí venir. Dije esto no con mi voz, sino con mi corazón: Vengo a hacer tu voluntad"⁴. Toda la economía de la salvación, pues, todo el desarrollo histórico de este plan de salvación en Cristo, es ahora un acto libre de Cristo como Dios y como hombre: "de acuerdo a la decisión de la Palabra unida personalmente a mí, la Palabra que es la Cabeza, de acuerdo a mi humanidad, a mí el Libro"⁵. De este modo, Cristo como Palabra es el Libro —que contiene todos los tesoros de la divinidad. Y Cristo es también el Libro como hombre— porque por su encarnación, la Palabra se hace legible en El. Cristo, pues, es el modelo de nuestra lectura y el modelo en quien, según la autoridad de la Escritura, todo está contenido: "Todos los seres humanos están escritos en tu libro. Para corregir nuestra conducta, debemos estudiar el ejemplo de su vida. Todos deberían estudiar ese libro para su instrucción"⁶.

Otra ilustración del misterio de la encarnación de Dios en Cristo como el Libro, figura en dos textos que se refieren a un libro "escrito de ambos lados", anverso y reverso. En primer lugar, está la frase de *Ezequiel* 2, 9 que habla de un rollo escrito, cubierto de escritura por el anverso y el reverso, y luego está la referencia de *Apocalipsis* 5,2: "Vi... un libro escrito por el anverso y el reverso...".

Algunos autores como Adán el Escocés, comentaron esto: "El mediador de Dios, en quien debemos leer, es un Libro escrito tanto en el interior como en el exterior: en su interior por su divinidad, y en su exterior por su humanidad. Leemos en el interior cuando en la intimidad de nuestro corazón vemos, de algún modo, la divinidad de Cristo, por la pureza de la contemplación. 'Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios'. Leemos en el exterior cuando, en nuestra conducta visible, seguimos tanto como podemos su humanidad, imitando sus obras"⁷. Así se realiza el propósito de la encarnación: hacer que Dios sea legible y por lo tanto imitable. Adán aplica a estos dos aspectos del misterio de Cristo, los correspondientes versículos de *Juan* 1: "Leemos en el interior: porque en el principio era la Palabra, y la Palabra estaba en Dios. Leemos en el exterior: porque la Palabra se hi-

1. Ed. H.M. Rochais, "Inédits bernardins dans le ms. Harvard 185", *Analecta Monastica* 6, Studia Anselmiana 50 (Roma 1962) 117.

2. *In Luc.* 105, PL 15, 1164-65.

3. Gero de Reichesberg, PL 193, 1566.

4. PL 152, 805.

5. *Ibid*

6. *Ibid*

7. PL 198, 774.

zo carne”⁸.

Leemos muy especialmente este misterio en la forma en que fue descubierto para nosotros en la cruz. Es el tema de un tratadito inédito y desconocido que encontré en un monasterio de París: “El Crucificado es el Libro de la Perfección, es decir, la regla perfecta para los religiosos, abierto delante de ellos, en el cual pueden leer la regla de cada perfección... Cristo el Crucificado es también el Libro en el que todos los cristianos pueden aprender las siete artes liberales, por las que recibimos la liberación de las siete ataduras del demonio”. Finalmente, cito a Rabano Máuro sobre Cristo, el Libro, en el Juicio: “El Libro es Cristo, porque se dice en el Libro del Apocalipsis: ‘Fue abierto otro libro, que es el Libro de la Vida’; porque Cristo que es nuestra vida, se aparecerá a todos para juzgarlos”⁹.

A modo de síntesis, copio aquí una notita inédita encontrada en un manuscrito en Stuttgart: “Cristo es un Libro y también un Signo. El Hijo de Dios es un Libro escrito por una mano llena de colorido. El precioso Libro nunca está cerrado, sus páginas no se decoloran con el tiempo. Es más legible de noche que de día. Es un Libro de gran valor, un Libro de gran pureza. Es un Libro para todas las épocas, que debe ser leído y depositado en el corazón”.

Al dar tantos ejemplos de Cristo como Libro y al estudiar este tema tan lentamente, mi único objetivo fue proporcionar una sólida base doctrinal para la *lectio divina* como una forma de oración contemplativa —en contraste con la base que da habitualmente, que es moral y práctica. La *lectio divina* es una lectura sobre Dios, que para nosotros es Cristo: una lectura, pues, sobre Cristo. Al preguntar a quién leer, encontramos que la respuesta era: a Cristo, el Libro. Y al preguntar por qué leemos, encontramos la obvia respuesta: leemos porque Jesús leyó. El fue simultáneamente el Libro y el Lector y continúa siendo ambas cosas en nosotros. Por eso, cuando preguntamos cómo leer, ya sabemos la respuesta: leemos como Jesús leyó.

Podemos considerar pues, dos aspectos de Jesús como Lector: *qué leyó* (en el sentido de qué libros leyó) y *a quién leyó* (en el sentido de que se encontró a Sí mismo en lo que leyó). Pero aunque se ha escrito tanto acerca de la lectura de Cristo del Libro de la Escritura, no debemos olvidar que él también leyó en el libro de la naturaleza, en el libro de la historia y en el libro de la vida humana. Su mensaje, su modo de expresarse, surge no sólo de la Escritura sino también de la experiencia ordinaria de la vida cotidiana de las personas reales de su época y de su país. Pensemos solamente en las parábolas como ejemplo de esto. Leyó, pues, en todos esos libros: en la Escritura, en los corazones humanos y en la experiencia, en los acontecimientos relacionados con la historia de su época y de su gente. Pero leyó a la luz de lo que ya leía en *Sí mismo*. Por esta razón, hablaré en primer lugar de su lectura de Sí mismo.

Podemos comenzar con estas palabras fundamentales del Evangelio de Juan: “En el principio la Palabra existía y la Palabra estaba con Dios”. Aquí el griego quiere decir “frente” al Padre, “de cara” al Padre. Nuevamente, en *1 Jn 1, 2*: “Estaba con el Padre (de esa manera) y se nos manifestó (se hizo legible)”.

Luego Juan utiliza una expresión diferente que la Nueva Biblia Americana

8. *Ibid.*

9. PL 112, 987.

traduce como "él estaba junto al Padre". Aquí el griego tiene dos significados: estar vuelto hacia, mirando hacia; o, de un modo dinámico, estar yendo hacia, estar atraído hacia. La indicación es, pues, que Jesús, cara a cara con su Padre, estaba totalmente absorbido en un diálogo con él. Es el dinamismo de la Trinidad, la actitud de total atención de la Palabra en el Espíritu, toda la vida íntima de Dios. Jesús estaba contemplando y adorando al Padre en el Espíritu. Vino a nosotros para continuar aquí lo que estaba haciendo en la eternidad, y para hacer también algo más, que está expresado en *Juan 1, 18*: "A Dios (el Padre) nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado". La Vulgata hace una traducción que significa: "nos lo dijo". La palabra utilizada en el original griego significa: "dar la explicación, hacer la exégesis", como se hace con la Torah, palabra por palabra, para enseñarla a los niños. La Palabra eterna de Dios vino, en Cristo, para hacernos la exégesis de Dios. Aquí tenemos una referencia a Cristo como exégeta, como el primer exégeta, que lee y explica lo que lee. ¿De qué, de quién es el exégeta? Del Padre, y del Padre como es conocido por El, en el libro de su propia experiencia. Jesús lee, en primer lugar, en su corazón, en su conciencia, y luego explica lo que ha leído. Este es su mensaje. Comparte con nosotros su propia auto-revelación de Dios. Jesús no era una autómatas que explicaba lo que había aprendido en alguna existencia previa. Era un ser humano que experimentaba de un modo totalmente humano y progresivo, lo que significaba para El estar unido en esa forma con el Padre. Jesús vive humanamente, con Dios como Padre, y nos hace a nosotros, como a niños pequeños, la exégesis de Dios como Padre, y la exégesis de Sí mismo como Hijo en el Espíritu. Podríamos tratar extensamente esta hermosa relación, pero será suficiente aquí demostrar que Jesús, a la luz de su propia experiencia, puede darnos la interpretación y la verdadera explicación de lo que fue escrito acerca de El en la Escritura. Como sucede con todo lo concerniente a Jesús, hubo algunas controversias sobre su conciencia de Sí mismo y también sobre su conciencia del Padre por el Espíritu. Sin embargo, en ninguna parte se cuestiona su lectura de Sí mismo.

Entremos ahora en el segundo aspecto y consideremos a Jesús como Lector de la Escritura. Aquí también hubo algunas controversias: ¿Tenía Jesús que leer la Escritura, y si así fue, qué partes leyó, cómo entendió lo que leyó, y cómo lo utilizó en su propia enseñanza? Son cuestiones especiales para los estudiosos de la Escritura y yo no estoy capacitado en este campo. Mi postura es simplemente que, de acuerdo al Evangelio de Juan, Jesús tenía una experiencia de Dios, y además que utilizó las antiguas Escrituras escritas antes de su época para expresar su experiencia de Dios; y finalmente que, de este modo, dio lugar a nuevas Escrituras referentes a El.

Dado que la psicología y la conciencia de Jesús eran humanas, no sabía por adelantado las cosas que los seres humanos normalmente tienen que aprender. Estaba penetrado e iluminado por todos los carismas del Espíritu, pero sin embargo no le fueron dados sin los medios humanos normales ni sin esfuerzo, a través de su experiencia vivida y su utilización de la Escritura. Jesús había aprendido algunas Escrituras en la sinagoga en su niñez, y continuó su aprendizaje hasta los treinta años. Hay iconos antiguos que representan a Jesús "conducido a la escuela". Algunos expertos como Jousse y Aron reconstruyeron incluso el método con el que fue capaz de memorizar las Escrituras durante el largo período en que "progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres", para utilizar las palabras de Lucas (2,52). Sabemos que Jesús leyó un pasaje de Isaías en la sinagoga de Nazareth y que lo explicó. Sabemos, por lo tanto, que entendía la Escritura y que se entendía a sí mismo y a su misión a través de la Escritura. Pero también es evidente que experimentó su misión y su mensaje por la utilización que hizo de la Escritura. De este modo, Jesús es nuestro modelo de lectura de la

Escritura. Es nuestra ayuda, porque nos da la clave para comprenderlo a El. Es el exégeta, como ya vimos, no sólo de su propia experiencia de ser con el Padre, en el Espíritu, sino también de los textos anteriores que habían hablado de El y de los posteriores que se referían a El, luego de su vida humana, en los términos de lo que El había dicho de Sí mismo. Juan lo cita diciendo: "Investigad las Escrituras... ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn 5, 39). Parte del carisma profético consistía en interpretar la escritura, y Jesús era preeminentemente profeta.

Algunos teólogos bíblicos, como F. Gils, sostienen que aprendió algo sobre Sí mismo leyendo la Escritura¹⁰. A esta luz, podemos comprender cómo, en los momentos de sus hondas experiencias espirituales y los correspondientes carismas (bautismo, tentación, transfiguración, exultación en el Espíritu), podía citar textos como Isaías 53 que se aplicaba a Sí mismo. Había leído acerca de su misión en los libros proféticos y, después de su resurrección (según Lc 24, 44-45), utilizó estas referencias para instruir a sus apóstoles. "Después les dijo: 'Estas son aquellas palabras más que os hablé cuando todavía estaba con vosotros...'. Y, entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras". Aquí nuevamente es el exégeta.

Otros teólogos bíblicos, como C. Larcher, prefieren sostener que Jesús no aprendió en la Escritura la dirección que tomaría su vida, sino que más bien encontró en la Escritura la *expresión* de lo que ya sabía por su propia experiencia¹¹. Utilizó el lenguaje de la Escritura para describir su propia vida íntima con Dios, porque lo que El hace es algo más que citar la Escritura. Hace algo más que tan sólo repetir sus profecías. Les da nueva vida aplicándoselas directamente a Sí mismo. De este nuevo significado, nace la maravillosa belleza literaria del mensaje transmitido por los Evangelios. ¿Cómo asimiló Jesús toda la Escritura en su conciencia? Sabemos que el Dios hecho hombre es un misterio que se debe adorar, y nos preguntamos en nuestros corazones cómo habrá leído la Palabra de Dios, las palabras de Dios sobre Sí mismo. En todo caso, admitimos con Congar que "El simultáneamente se entendió a Sí mismo y se reveló, porque había meditado esos textos y los había vivido, y por que en El se cumplieron. Al mismo tiempo, como su espíritu estaba siendo iluminado por el conocimiento directo que el Padre le dio de su voluntad, así, a través de la meditación, llegó a comprender más profundamente el sentido de los textos que hablaban de El"¹².

Simultáneamente como Lector del Libro y como el mismo Libro, después de su glorificación otorgó el carisma de la lectura a sus discípulos, a la iglesia y a nosotros. Desde entonces, y por medio de su Espíritu que obra en la Iglesia, cada lectura de la Escritura es una participación de este carisma de Cristo. Somos inducidos a leer la Escritura, para encontrarlo. Somos inducidos a leer la Escritura porque El lo hizo, y porque El se encontró a sí mismo en la Escritura. Somos inducidos a leer la Escritura en El y con su gracia. Jesús se aplicó a Sí mismo las palabras de Moisés, de los profetas y los salmos que se referían a El (Lc 24, 44). Por lo tanto, debemos entender estos profetas del Antiguo Testamento, los Evangelios y por cier-

10. *Jésus prophète d'après les Evangiles synoptiques* (Louvain 1957).

11. *L'Actualité chrétienne de l'Ancien Testament d'après le Nouveau Testament* (Paris 1962) 174-75.

12. *Jésus-Christ* (Paris 1965) 53.

to todo el Nuevo Testamento si queremos entender verdaderamente la vida de Jesús, su misión y su enseñanza y así llegar a un conocimiento íntimo del corazón de Jesús.

De acuerdo a la tradición monástica, de la que encontramos un eco en la *Constitución sobre la Divina Revelación* del Concilio Vaticano II, este es el modo en que la revelación hecha por Dios antes de Cristo, en Cristo, en el Espíritu, continúa creciendo como lo hizo antes de Cristo y en el mismo Cristo: "Esta Tradición apostólica *va creciendo* en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, *crece* la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las *contemplan* y *estudian*,... cuando *comprenden* internamente los misterios que *viven*, y (sólo después de todo esto) cuando las proclaman los Obispos... La Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, *hasta...*"¹³ Mencioné la tradición monástica porque el vocabulario utilizado en este texto e incluso las ideas pueden encontrarse en el Orígenes latino, en Casiano, en Gregorio Magno, en Bernardo y en los autores monásticos tal como los cita H. de Lubac en su *Exégèse Médiévale*. Y de esto podemos concluir que la lectura cristiana de la Escritura no es fundamentalmente un ejercicio intelectual que resulta del correcto uso de un método científico. Es esencialmente una experiencia de Cristo en el Espíritu, en la presencia del Padre, ya que Cristo mismo está unido a El, está cara o cara con El, está orientado hacia El, penetrando en El y siendo penetrado por El.

Por supuesto que dentro de esta experiencia hay lugar para el método, la ciencia, y la utilización de los instrumentos de trabajo y de estudio, para el conocimiento de la filología, de la arqueología y de la historia. Pero ellos solos nunca podrán dar como resultado la *lectio divina*, una lectura cristiana, una lectura en el Espíritu, una lectura de Cristo y en Cristo, con Cristo y para Cristo. Antes que nada tiene que existir la experiencia del amor. La lectura espiritual es un acto de amor, una actividad de amor. La experiencia de Cristo era esencialmente su conciencia de ser amado por el Padre y de devolverle ese amor. Era un intercambio de amor. También nuestra lectura es un intercambio de amor. Ahora vemos por qué está presentada como un diálogo. A través de la Escritura, a través de Jesucristo, el Libro, y de todos los libros de comentario sobre este Libro, Dios nos habla y nosotros le respondemos. La lectura es este diálogo de amor, este diálogo en el amor.

San Bernardo escribió una vez: "Hoy estamos leyendo en el libro de la experiencia"¹⁴. Esta experiencia de nuestro encuentro con Cristo es esencial para nosotros, a raíz de la experiencia que tenía Cristo de encuentro con el Padre en el Espíritu. A través de nuestra propia experiencia, seremos capaces de leer a Cristo, el Libro y, en El, a Dios Padre. Bernardo dice en otra parte: "Leed en vuestro corazón. Sed conscientes de vuestra necesidad de Dios, cuyo amor nunca deja de encontrarse con vuestra necesidad, de responder a vuestras expectativas. Porque el corazón de Cristo es el corazón del Padre"¹⁵.

Traducción del inglés
por María Isabel Guiroy, osb – Monasterio Gaudium Mariae
Abbaye St. Maurice et St. Maur
L-9737 Clervaux – Luxemburgo

Jean LECLERCQ, osb

13. *Constitución Dei Verbum* sobre la Divina Revelación, 8.
14. *Super Cantica*, 3, 1, *S. Bernardi Opera* 1 (Roma 1957) 16-17.
15. *In dedicatione ecclesiae*, 5, 4-5, *S. Bernardi Opera* V (Roma 1968) 391; *Super Cantica*, 62, 5, II (Roma 1958) 158.